

Pero ¡cuánto noble orgullo
 En el conjunto salvaje,
 Y cuánta noble fiereza
 En posturas y ademanes!
 Todos están en espera
 De sus Jefes, todos saben
 Que Iturbide y que Guerrero,
 Fieros enemigos antes,
 Se citan en aquel punto
 Para amigos saludarse.
 Atención! el bronce grita,
 Resuenan marchas triunfales,
 Y entre un bosque, que le forman
 Las banderas y estandartes,
 Aparecióse Iturbide
 Rodeado del sol brillante.
 Iba en su hermoso caballo
 Negro como el azabache,
 Cenceño, brioso, sensible
 Al toque del acicate.
 El ginete ¡qué garrido,
 Y qué garboso, y qué afable!
 Con su cabellera de oro
 Y con su hermoso semblante,
 Apenas llega, y Guerrero
 Asoma á la opuesta parte,
 Con su mirar majestuoso,
 Con su talla de gigante,
 Circunspecto, pero dulce,
 Con humildísimo traje,
 Transparentando su aspecto,
 Su bondad y su alma grande.
 La tropa está silenciosa
 Formando espaciosa calle:
 Los caudillos en el centro
 Se hablan sin que escuchen nadie.
 De pronto clama Iturbide:
 "Soldados: tenéis delante
 "Al caudillo independiente
 "Y su bizarra falange."



"El quiere libre á su patria,
 "Y él viene para ayudarme."
 Y Guerrero, enternecido,
 Dice á sus tropas leales:
 "Ved que recobra la patria
 "A un hijo; ¡el cielo le ampare,
 "Y que hoy le haga tantos bienes
 "Como le hizo tantos males!"
 Mas las palabras se vuelan,
 Las palabras nada valen
 Cuando las almas rebosan
 En afectos celestiales.
 Ambos caudillos se abrazan,
 Se ve llanto en los semblantes,
 Y entre gritos, y entre vivas
 Que estallaban en los aires,
 Y entre un mundo de recuerdos
 Que se encontraban fugaces,
 Parece que se miraba
 Surgir airosa, triunfante,
 A la patria independiente
 Y grande entre las más grandes.

GUILLERMO PRIETO.



EL VELADERO.

En la costa del Océano,
en la región do grandiosa
se muestra Natura hermosa
con encanto soberano,

Está un célebre lugar,—
el cerro del Veladero,—
que allí se yergue altanero
frente al anchuroso mar.

Sus peñascos de granito
y sus galas tropicales
retrátanse en los cristales
de aquél piélago infinito.

Viste manto de verdor
eterno y exuberante,
donde refleja radiante
el astro-rey su fulgor.

A sus pies la mar bravía
estrella sus olas fieras;
y se extiende, entre palmeras,
de Acapulco la bahía.

Su espléndido cielo azul
cobija lindos paisajes,
muestra purpúreos celajes
y nubes de blanco tul.

En días de glorias y duelos,
por sus plácidas vertientes,
subieron los insurgentes
con el heróico Morelos.

Sobre la cima plantó
un campamento de guerra
el héroe, y aquella tierra
mil hazañas contempló.

Allí al rumor de las olas
mezcló su voz la metralla,
allí se dió una batalla
á las tropas españolas.

Fué entonces, de libertad
un baluarte el Veladero;
para el enemigo ibero
fué el "paso á la eternidad." (*)

La historia guardará ufana
la memoria de esas lides
y honrará á los adalides
de la causa mexicana.

Dirá allí con razón
su lábaro alzó el derecho:
que allí se inclinó deshecho
el hispánico pendón.

Gratos recuerdos de gloria,
me traes ¡oh cerro este día!
Que pronto la patria mía,
de Morelos en memoria,

alce sobre ti un altar
que domine soberano
el horizonte lejano,
las montañas y la mar.

MIGUEL SALINAS.

Cuernavaca, 1910.

(*) Morelos izó en los fortines del Veladero una bandera negra que tenía una calavera y esta inscripción: "El paso á la eternidad."

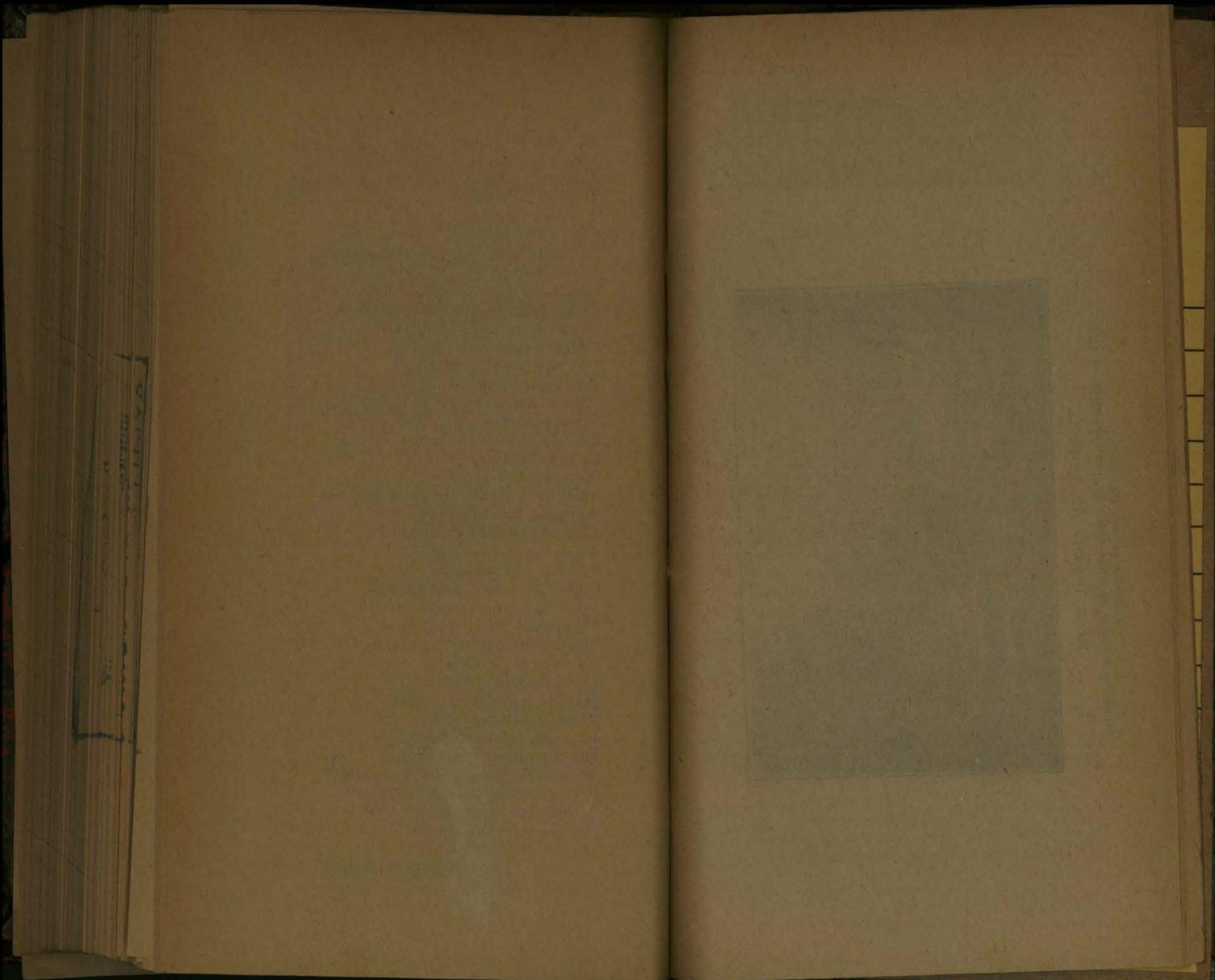


IGUALA.

Como de púrpura y oro
Se reviste el horizonte,
Formando como un incendio,
A la espalda de los montes,
Para anunciar la salida,
Del rey de la luz del orbe,
Así se anuncia la dicha,
Así el contento recorre,
Los campos y las montañas,
Las cañadas y los bosques...
Y es que se alegran las almas
Con los primeros albores
De la augusta independencia
Que surge en aquellos montes,
Dándole vida á los pueblos,
Revindicando á los hombres.
La luz es como más clara,
Tiene el sol más resplandores,
Prorrumpen en dulces himnos
Las campanas de las torres;
Patria parece que aclaman
Los belicosos cañones,
Y que árboles y peñascos,
Se dotan de humanas voces.
Marco ardiente se levanta,
Y se engalana y compone,
Bajo verdes tamarindos,
Coronándose de flores:

Era la tarde serena,
 Y á Iturbide distinguióse
 En su corcel arrogante
 Que envidia en los vientos pone;
 Esbelto, rubio, garrido,
 Ganando los corazones;
 De adalid en su apostura
 Y de caballero el porte.
 Descuella en medio á los jefes
 Como entre arbustos el roble,
 O cual suele distinguirse
 Sobre gigantescos montes
 La nieve de los volcanes
 Que á todo se sobrepone.
 Está la tropa tendida,
 Enmudecen los tambores,
 Toca atención la trompeta,
 Y la voz del héroe se oye.
 Manda á don Francisco Hidalgo
 Y al capellán, que se asocien,
 Y que llamando los cuerpos
 En confusión y sin orden,
 Con firmeza y reverencia,
 El juramento les tomen,
 Como él hizo con los jefes,
 Con fórmula que conocen.
 Reina silencio profundo,
 Las sordas pisadas se oyen,
 Y á cada cuerpo se dice
 Con acento que se impone:
 “¿Juráis la Religión Santa
 “Defender?” y —“sí”—responden.
 “¿Y juráis la Independencia
 “Defender?” y ardientes voces
 “Sí”— repiten—“La concordia
 “Juráis con los españoles?”
 “—Sí” juramos”—generosos
 Contestan los corazones,—
 Y dar el trono á Fernando
 Con privilegios y honores;

El todo, la Independencia.
 Que ella todo lo compone.
 Cuando acabaron las tropas,
 Iturbide adelantóse,
 Y con la voz conmovida
 Dijo estas palabras nobles:
 “Vuestro empeño, ¡oh compañeros!
 “Será admiración del orbe:
 “La fama de vuestras glorias
 “Hará eternos vuestros nombres.
 “Con ser vuestro compañero
 “Alta recompensa dóyme,
 “Y juro no abandonaros
 “Ni dejar vuestros pendones
 “Mientras me anime la sangre
 “Que hora por mis venas corre.”
 Los soldados entusiastas,
 Gritan mil vivas entónces:
 Reverbera el regocijo,
 Vuelven á tronar los bronces,
 Agítanse las banderas,
 Cohetes los aires rompen,
 Y las montañas repiten
 En ecos atronadores:
 “¡Que viva la Independencia.
 “Que la gloria la corone,
 “Trayendo vivos recuerdos
 “De los héroes de Dolores!”
 La música de Celaya,
 En deliciosos acordes
 Marchas entona ardorosas,
 Y sus ecos triunfadores
 Propagan como un hechizo
 De encantos y bendiciones.
 Y hace al noble “Plan de Iguala”
 Prez y orgullo de los hombres
 Al ostentar su bandera
 Del arco-iris los colores.



ITURBIDE EN CHAPULTEPEC
el 27 de Septiembre de 1821, horas antes de entrar á la capital
al frente del ejército trigarante.



ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

".....Para mañana un hermoso día.
".....Paz sin nubes, feliz abundancia
y días prósperos á las generaciones ve-
nideras.

SHAKESPEARE Ricardo III. Acto 1.^o,
escenas III y IV.

Ultimo canto es este. En el sombrío
Otoño de la edad, claro de cielo
Dadme, y en él un rayo
Del sol de juventud, del sol de Mayo!
La ya olvidada nota
Del arpa en que ha vibrado himno de vida
Y que en mi larga senda yace rota!
Pero ¿de qué sirviera
Al ave recobrar, antes que muera,
Su melodiosa voz y espacio abierto
Para ensayar su cántiga postrera.
Si ha de expirar no oída
En las arenas tristes del desierto?
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro
De la olímpica hoguera.
Contra la nieva de la edad presente?
Fuera su esfuerzo dino
Del genio inspirador, cuando juntara
A la cándida túnica de lino
La alta misión, la poderosa vara
De Ezequiel inspirado, que en voz fuerte
Manda al género humano levantarse

De los helados campos de la muerte.
 Cuando así, á vida nueva,
 De nuevo á celebrar hechos ilustres
 Que esta generación niega ó ignora.
 Volver hiciese de la tumba fría
 Con su entusiasmo antiguo, y pompa, y gala,
 A quienes vieron en dichoso día
 El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Qué júbilo tan puro! ¡Qué presagios
 Los que en la blanca flor de sus promesas
 Ofreció el porvenir cabe la cuna
 De la nacida patria! ¡Cuán propicios
 Al par se le mostraron tierra y cielo!
 ¡Cómo le sonreía la fortuna!
 ¡Cómo en místico velo
 Cubrió su forma tricolor bandera
 Que á su cadáver ha de ser sudario!
 ¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera
 La Fé de nuestros padres se albergaba;
 La Unión—con la discordia por esclava
 En el áspid opreso—
 Y el águila, potente en fuerza y brío
 Simbolizando el propio señorío,
 La ansiada Libertad, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste
 De la sagrada enseña unida en torno,
 De Norte á Sur y del Ocaso al Este
 La llevara triunfante en breves días,
 No al filo de la espada, ni al pujante
 Trueno de sus cañones;
 Mas entre rosas, himnos y alegrías,
 Piadosa emanación de libres almas,
 Muestra de agradecidos corazones,
 De verdadera gloria eternas palmas!
 Qué mucho que á su paso se atrajera
 La nacional bandera
 Al generoso Bravo,
 De la virtud y su nobleza esclavo,

Y también á Guerrero,
 Montañés corazón limpio y entero!
 Que, semejante á un río que en su curso
 Acrecienta el caudal, y poderoso,
 No sufre, al cabo, márgenes ni puente
 Que su impetu avasalle;
 Roto el muro de leyes y montañas
 Y domado el león de las Españas,
 La innúmera falange independiente
 De la imperial Ciudad inunde el Valle!
 Ya está en Chapultepec, Del sacro bosque
 Albergue en su tristeza á Moctezuma
 Cruzando los linderos,
 Bajo sabinos que la edad no abruma
 Plantan sus tiendas ya los granaderos.
 En agitada ola
 Cubriendo luego van la cumbre vasta,
 Y del soberbio alcázar en el asta
 La tricolor bandera se enarbola.
 Salúdala en estrépito sonoro
 Las bélicas dianas, y á su aspecto
 Una gloriosa frente se descubre...
 Llega el Generalísimo. Le cercan
 Herrera y Filisola,
 Morán, y Quintanar, y Bustamante
 Juvenil y bizarro es su talante
 Sin distintivo militar alguno.
 El sol de la campaña
 No su rubio semblante dejó bruno
 Libre el hidalgo pecho de la escoria
 Del odio ó el rencor de hondos agravios,
 El mando y el amor lleva en sus labios
 Y en sus ojos la luz de la victoria.
 Las riendas del corcel suelta ligero
 Y, entre vivas y músicas en coro,
 Toma del fuerte el áspero sendero:
 Asciende al mirador cual corza lista,
 Y en júbilo anegado, palpitante,
 De un sol de Otoño, á la postrera llama

Foco de oro y de luz, tiende la vista
De México al hermoso panoarma.

¡Es ella, sí! La reina de los lagos
Que á su forma gentil sirven de espejos
Y tejen á su faz cendal de bruma;
La primera ciudad del Continente,
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.
Por su beldad lidiaron
Cuauhtemoc y Cortés. En su recinto
Erigióse el pendón de Carlos Quinto
Que su águila imperial confuso esconde
Al surgir victoriosa tu bandera.
Sólo la Cruz Sagrada
Con que vencido el Moro fué en Granada
En la ciudad ya libre, augusta impera.
Es ella, sí. La que en el Valle ameno
En alfombra de flores se reclina
Y trémula te guarda
Con el púdico ardor que hay en su seno,
El anillo y el ósculo de esposa;
Y se atavía y hace más hermosa
Por que tú con su amor feliz te ufanes
Cuando llegues mañana, ¡ay cómo tarda!
Con ella á unirte al pié de sus volcanes.
Digna corona al Vencedor, al Genio
Que odiosa apaga y voluntades une.
Y, blando y firme al par, desata el lazo
Materno de Castilla,
Y presenta del mundo en el proscenio
La juvenil nación que es obra suya,
Rica en dulce esperanza, y pompa, y gala,
Y en cuya noble faz sin nubes brilla
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

J. M. ROA BARCENA.



EL DIA DE GLORIA.

(27 de Septiembre de 1821.)

I

¡Cómo renace en el pecho
de los que viven sin calma
el soplo de la fortuna
que les infunde esperanza,
cuando al cabo de la lid
con la tormenta menguada
de miserias y dolores
y de amarguras insanas,
la bienhechora justicia
á los caídos levanta
y en premio de los afanes
y de las horas amargas,
un futuro les ofrece
de bienestar á sus almas
y de progreso y labor
victorias mil á su patria!

II

Después de la horrible lucha
que por tres siglos reinara
bajo el espléndido azul
del cielo de Nueva España;
tras de la heroica contienda
en que los genios sin mancha.

sangre y vidas ofrendaron
del patriotismo en las aras,
lució la aurora feliz
de aquella dulce mañana,
de aquel día tan apacible,
tan espléndido en sus galas,
como triste por sus sombras
lo fué la noche pasada.

III

A la manera del cóndor
que en las abruptas montañas,
sobre el desnudo picacho
de las cordilleras altas,
desafía sin inmutarse
la furia de la borrasca;
en los terrenos del Sur,
en la risueña comarca
que fecunda con sus linfas
el río grande de las Balsas,
el indómito Guerrero
con sus legiones ensancha
los territorios que sirven
á los bravos de atalaya;
sin que humillen su grandeza
ni su altivez soberana,
del realista los arrojós,
los lauros de sus campañas.
En los baluartes aquellos
que Naturaleza esmalta
con el color de sus flores
y el de su rica esmeralda,
incólume se mantiene
el fuego que arde en las almas
como un tributo de amor
á la tierra esclavizada,
que si gime entre cadenas
que su desventura labran,
hay en el Sur corazones

que al sacrificio se lanzan,
que no miden los afanes,
los desencantos, las lágrimas,
por desterrar de su suelo
esclavitudes malsanas,
y hacer que brille la luz
de la libertad sagrada
como un astro de ventura
dispensador de confianza.
Así los vemos cubrirse
de justa y eterna fama,
conquistando de los suyos
la recompensa más alta,
la gratitud que es el premio
de la nación mexicana,
en los combates librados
en Zirándiro y Tlalchapa,
Zapotépec, Cutzamala,
y tantos otros que dieron
á los valientes la palma
y al objeto de su amor
preludios de bienandanza.
Al final de los combates,
de las épicas hazañas,
surge la inmortalidad
del héroe fiel á su causa,
que sin mezquinas pasiones
de mando y de gloria insana,
reconoce en Iturbide
al paladín de su Anáhuac,
por la que luchan sin tregua
los hijos de las montañas.
Y después de la entrevista
que en Acatémpan señala
de los caudillos la unión,
el reposo de las armas,
el júbilo se desborda
cual torrente cuyas aguas
se precipitan soberbias
por valles y por cañadas.

IV

¡Bendito el día de gloria
 que trajo á la Nueva España,
 en pos de los sacrificios
 época de bienandanza!
 ¡Bendito sea el fulgor
 de aquella dulce mañana,
 tan hermosa y apacible,
 tan espléndida en sus galas,
 como triste por sus sombras
 lo fué la noche pasada!
 La ciudad de los palacios,
 la rica perla de Anáhuac,
 en aquel día de Septiembre
 luce sus mejores galas;
 todo es música y perfume,
 todo es alegría santa
 que inunda los corazones
 de júbilo y de confianza;
 por donde quiera se miran
 colgaduras y oriflamas
 con los colores benditos
 del pabellón de la patria;
 multiplicanse al calor
 del patriotismo sin tasa
 las frases más cariñosas
 entre guerreros y damas,
 en tanto que por las calles
 de la opulenta morada,
 discurren los batallones,
 los regimientos de gala:
 es el ejército altivo,
 el defensor de una raza,
 el de las Tres Garantías,
 símbolo de gloria magna.
 Allí va don Agustín
 de Iturbide, á quien aclaman
 insurgentes y realistas
 el héroe de la jornada;

allí, también, los infantes
 de la Corona y Celaya,
 Granaderos, Imperiales,
 Tres Villas, Guadalajara;
 Cazadores de San Luis,
 de Querétaro y Tlaxcala,
 Zacualtipán y la Unión
 Valladolid y Constančia;
 allí las caballerías
 de Sierra Gorda, de Apam,
 de Puebla, de Tulancingo,
 de México, de Moncada.
 Más de dieciséis mil hombres
 en columna de honor marchan,
 con el semblante risueño,
 jubilosa la mirada,
 la conciencia del deber
 en lo íntimo de la entraña.
 Y entre uniformes de lujo,
 colgaduras y oriflamas,
 los soldados de Guerrero,
 los hijos de las montañas,
 los humildes insurgentes
 que no vistieron de gala,
 más que abrigan en el pecho
 aquellas dulces palabras
 nacidas á los influjos
 de la grandeza de su alma:
 "¡Soldados, nunca os aflija
 "desnudez, miseria tanta;
 "la ropa no da virtud,
 "ni laureles, ni prosapia;
 "antes bien, así sois dignos
 "de la recompensa magna,
 "porque en medio á los dolores
 "de la sangrienta campaña,
 "sólo guió vuestros afanes
 "la libertad de la patria!"

FULGENCIO VARGAS.

Julio 10. de 1910.